

¿Qué es menester, pues, para no descaminarse? Contentarse con lo que puede saberse, tenerse firme sobre lo que se nos deja ver, y someterse con humilde resignacion á lo que se nos esconde. Yo os he dicho el modo como pasó la Resurreccion de Jesucristo, y os he probado con evidencia su verdad; vos no contento me decís: ¿Pero por qué esta Resurreccion no fué pública? Yo os respondo, que mi cordedad no conoce los caminos de Dios, que yo ignoro sus designios: pero que los respeto, porque sé que un Criador tan infinitamente sabio y bueno debe obrar siempre con proporcion á tan divinos atributos; que pues no quiso que su Resurreccion fuese mas pública, es claro que convenia que no lo faese.

Vos replicais, que no hubiera habido incrédulos. Yo he respondido, que lo dudo; pero que cuando fuera cierto, puede ser que en el plan de la sabiduría divina, fuera útil que hubiera incrédulos para la mayor perfeccion del cristianismo; ó para otros fines que yo no alcanzo. Vos insistís: Yo no puedo creer que sea perfeccion lo que es visiblemente defecto. Pero esto es porque juzgamos sin conocimiento y con temeridad; es porque queremos decir con ligereza de lo que apenas podemos entrever; es en fin, porque con una vista corta queremos registrar una extension inmensa.

Yo os respondo, que mi cordedad no conoce los caminos de Dios, que yo ignoro sus designios: pero que los respeto, porque sé que un Criador tan infinitamente sabio y bueno debe obrar siempre con proporcion á tan divinos atributos; que pues no quiso que su Resurreccion fuese mas pública, es claro que convenia que no lo faese.

Vengamos á la conclusion, para ver cuál de nosotros está mas cerca de la verdad. Vos decís, que la Resurreccion debia ser pública, y no podeis darme mas que razones de congruencia que dependen únicamente de vuestro modo de ver y pensar; yo lo niego, fundado en que ni vos ni yo podemos juzgar bien sobre lo que Dios debe ó no debe hacer; y al contrario infiero, que no lo debia hacer, pues que no lo ha hecho. No me contento con esto, sino que añado: Jesucristo ha resucitado, y os lo pruebo con pruebas tan evidentes, que es imposible no sentir las con las mas simples nociones de la razon, y sin que podais alegar una prueba directa y positiva contra su verdad.

Observad la diferencia que hay entre nosotros, y ved quién está mejor puesto, ó mas bien sentado en esta lucha. Vos guiado de vuestra imaginacion, de vuestras ideas y de la imaginaria esfera de vuestras oscuras posibilidades vais á penetrar, increpar y censurar la conducta de Dios; yo guiado de la conducta de Dios conocida, demostrada y evidente voy á suponer el punto de la razon, de la utilidad y conveniencia: decid vos mismo ¿cuál de los dos está en mejor camino? ¿quién tiene la ventaja? Vos no podeis deshacer ninguna de mis pruebas, y yo deshago vuestros racionios por un principio que vos mismo me debeis confesar, y es que nosotros no podemos penetrar los designios de Dios.—

Yo estaba confundido con el peso y fuerza de razones tan claras; no obstante me atreví á replicarle: Aunque no podemos penetrar los desig- nios de Dios, nos ha dado una razon para juzgar si las obras que se le atribuyen, son dignas de su bondad y de su grandeza.—Así es, señor, pero esto tiene su justa medida; y si no explicadme: ¿por qué Dios no crió el mundo cien mil años ántes? ¿Por qué un Criador tan bueno y poderoso no tomo las medidas mas prontas para mostrar cuanto ántes su grandeza, sacar á luz las criatu- ras y verter sobre ellas sus beneficios? ¿Por qué tardó tanto en empezar? ¿Cómo un Dios tan bueno perdió tanto tiempo en hacer bien? Cuan- do vos me respondiéreis á estas preguntas y otras de esta especie, yo podré mostraros la causa por qué la Resurreccion de Jesucristo no fué mas pú- blica. Entre tanto solo os diré, que aunque yo no puedo saber los motivos secretos de la con- ducta de Dios, sé y debo suponer, que todo lo que hace es justo, sabio, y tanto que no puedo enga- ñarme en esta idea, porque nace de la que debo tener de un Ser infinitamente perfecto.—

Padre, por todas partes me salis al encuentro, y me atajais los pasos: vuestra agilidad es gran- de, y vuestra elocuencia me ha deslumbrado; pe- ro ahora veo que os meteis en la trinchera ordi- naria, en que se meten todos los fanáticos, y de que es imposible sacarlos. Desde que se hallan

oprimidos con la fuerza del raciocinio, se acogen al misterio, y despues que se han derramado con mucha fecundidad y aparato de ciencia en las ideas que pueden serles favorables; quando se les hacen objeciones que no tienen respuesta, entón- ces se hacen modestos, confiesan su ignorancia, y se acogen á las vias de Dios desconocidas, y á la profundidad de sus arcanos. Mas simple se- ria decirlo desde el principio, y confesar llana- mente, que no es posible saber ni creer nada con seguridad.

Yo os he hecho un raciocinio muy simple y mucho mas evidente que vuestras pruebas. Yo os he dicho: segun vos mismo el fin de la Resur- reccion era convencer al mundo con este milagro de la divinidad del Evangelio y de la religion cris- tiana: la Resurreccion, como se ha hecho, no lo ha conseguido, y hubiera podido conseguirlo, si hubiera sido pública y patente. No se puede pen- sar que un Dios sabio no tome las medidas pro- pias y eficaces para lograr el fin que desea: luego esta Resurreccion no viene de Dios, ó lo que es mas cierto, no es verdadera: y vos en vez de res- ponderme directamente, en vez de indicarme có- mo puede ser de Dios, siendo tan imperfecta, y habiéndose mostrado casi inútil, en vez de expli- carme claramente, qué motivos ha podido tener Dios para no hacerla tan útil y tan pública como la razon me dice, que podia hacerla para conseguir

su fin, os acogéis al recurso ordinario de los que no tienen razon, que es la limitacion de vuestras ideas, y la incomprendibilidad de los caminos de Dios. Esto es envolverse en la obscuridad, y no es filosófico.

—¿Cómo, señor? ¡Yo me envuelvo en la obscuridad, cuando os he probado con pruebas demostrativas y evidentes, que Jesucristo resucitó? Me parece que en esto no hay obscuridad, y que no puede haber nada mas claro; ahora me preguntais....—

Es verdad que me lo habeis probado, y debo confesar que vuestras razones son positivas, naturales y convincentes, que me rinden, y que mi razon no sabe resistirlas; pero para fundar mi conviccion entera no bastan; pues desde que concibo que esto no es conforme á la bondad y á la sabiduría de Dios, nada puede ni debe persuadirme.—¿Pero no podeis engañaros en este concepto? ¡No debeis decir más bien: pues el hecho está probado, Dios sin duda le hizo; y pues lo hizo, es claro que así debía de ser?—Con este método no se podria discurrir nada; seria menester arrojarse con indolencia en los abismos de la profundidad divina.—Se podrá discurrir de todo, pero con medida: y con la sonda en la mano iremos adelante, hasta que nos alcance la luz que nos alumbrá; pero cuando esta nos abandone, nos detendremos, no daremos un paso mas por temor

de precipitarnos, y nos contentaremos con andar en el espacio que ya tenemos conocido.

Por ejemplo: yo tengo bastante luz para saber que Jesucristo ha resucitado. Vos me preguntais ahora, ¿por qué no resucitó de otra manera? Aquí la luz me falta, porque no sé, ni Dios me ha revelado los motivos que tuvo; pero como por otra parte tengo bastante luz para saber que Dios hace lo que mas conviene, no dudo que pues resucitó de esta manera, fué ella sin duda la mejor.

Vuestra razon inquieta y curiosa viene á decirme: Pero si hubiera sido pública, se hubieran persuadido mas. Yo la digo, no lo sé; vos me replicais: Pero para convencerme es menester que me persuada, que esta conducta no es digna de Dios, ni contraria á su sabiduría. Yo respondo: Vos debeis suponerlo, aunque no se lo parezca á la ligereza de nuestra imaginacion: y observad que yo no lograria nada en descubriros las razones por qué Dios prefirió esta resurreccion secreta á la pública; porque como son infinitas las maneras con que pudo resucitar, vos podriais imaginar despues otra que os pareciera mejor: y cuando por ejemplo hubiera resucitado en la plaza de Jerusalem, pudiérais preguntarme, por qué no resucitó en la de Roma; y así hasta lo infinito.

Si para creer una verdad no bastara la evidencia del hecho, sino que fuera necesaria tambien la de los motivos, no pudiérais creer ni los mas

visibles fenómenos de la naturaleza, ni ninguno de los hechos históricos, ni ménos ninguna de las verdades marales; porque nunca podeis tener evidencia bastante ni de los resortes interiores de su juego, ni de los motivos secretos que los produjeron, ni de los principios en que se fundan.

No hay cosa en que yo no podré repetir vuestro raciocinio. Yo os probaré con vuestro mismo argumento, que la religion natural es una fábula; porque os diré: El fin que podia tener Dios en inspirar la religion natural, era hacerse conocer al hombre, para que este le adore y le tribute el culto que le debe. La religion natural, tal cual es, no lo ha conseguido; pues vemos el mundo lleno de ritos absurdos, de ceremonias ridiculas, de sacrificios execrables. El insensato dice en su corazon: No hay Dios; y otros no ménos insensatos dicen: que el Señor ha abandonado la tierra á sí misma, y no se ocupa en lo que hacen los hombres. Añadiré: es cierto que Dios lo hubiera conseguido, si se le hubiera manifestado de una manera mas pública ó patente; no se puede pensar que un Dios sabio no tome las medidas propias y eficaces para el fin que desea; luego la religion natural no viene de Dios, ó lo que es más cierto, no es verdadera.

Con el mismo argumento os probaré, que nada es cierto, que nada es bueno, que nada puede venir de Dios; porque como por una parte todo es

imperfecto en el mundo, y por otra los alcances de la razon son bastante limitados; como las vislumbres de la imaginacion son infinitas, siempre que esta en los delirios de su frenesí conciba que una cosa pudiera ser mejor, concluirá que no es de Dios; y acabará por probar, que esta máquina del mundo no es obra de sus manos, porque no se cumple el fin para que Dios le hizo, pues hay vicios, y que Dios hubiera podido fácilmente hacerlo mejor.

¿Adónde nos llevaria, señor, vuestro raciocinio? ¿Cómo no temblamos de creernos mas sabios que Dios, y de atrevernos á censurar su conducta? ¿Cómo osamos decidir, que una cosa es mejor que la que vemos? ¿Cuántas veces nos engañamos? ¿Tenemos bastantes nociones de la totalidad del mundo, para juzgar bien de cada cosa en particular? ¿Conocemos bastante las relaciones y cadenas con que está enlazado el universo, para discernir lo que es mejor para la especie humana? Si tenemos una idea justa de Dios, ¿podemos dudar, que no tenga razones justas, sabias y santas para hacer todo lo que hace, aunque se escondan á nuestra inteligencia? Sus pensamientos estan mas lejos de los nuestros, que el cielo de la tierra: nuestra soberbia debe desagradarle, sin que jamas pueda satisfacer nuestra curiosidad. ¿Qué podemos pues hacer? Yo os lo repito: ser prudentes y moderados, aprovecharnos de las luces que nos

da, pues bastan á conducirnos en esta vida, y á dirigirnos bien á la otra, y adorar con rendimiento los secretos que no ha querido revelarnos.

Pero para acabar de tranquilizar vuestro espíritu, procuraré con la debida reserva y respeto deciros algo de lo que puede alcanzar nuestra débil comprension en estos arcanos escondidos; y lo que voy á deciros puede responder tanto á la induccion que he hecho de la religion natural, como á lo que habeis dicho contra el secreto de la Resurreccion. Parece, señor, y esto se ve por los efectos, que Dios ha querido por razones de sabiduría y de bondad, que tanto la religion natural como la revelada, tuviesen en sí mismas tal carácter de claridad y evidencia, que el hombre fuera inexcusable, si no le rindiera el culto que le debe.

Por eso ha hecho en la primera, que las ideas propias, los sentimientos interiores, y todos los objetos que le rodean, lo exciten al conocimiento de su Criador, á fin de que le reconozca y le adore; y por eso tambien á la religion revelada la ha revestido de pruebas tan claras y evidentes, que es imposible que la razon pueda cerrar los ojos á su luz. Yo he manifestado muchas razones con motivo de la Resurreccion, y pudiera manifestar otras muchas, si quisiera: en todas veriais que Dios ha derramado la luz á manos llenas, tanto para hacernos conocer que la religion es obra suya, co-

mo para instruirnos de lo que debemos practicar. Esto era digno de la bondad de Dios; porque habiendo criado al hombre para conocerlo y adorarle, era consiguiente que le diese en la religion natural todas las luces y sentimientos necesarios para que conociese y sintiese su existencia; y en la revelada todas las pruebas que pudiesen acreditarle su divino origen, y todos los documentos que le enseñasen lo que debia hacer para adorarle, como quiere ser adorado. Esto es lo que ha hecho Dios con abundancia, y en esta parte todo es luz, todo es claridad,

Pero no ha querido contentar su curiosidad, y lo que es mas, ha querido tambien exercitar su fe; pues el menor obsequio que puede hacer el hombre á Dios cuando está seguro que habla, es creer lo que le dice, y suponer apesar de las repugnancias de su razon y de la aparente contradiccion de sus ideas, que Dios tiene superiores razones para todo lo que hace.

Supuesto este orden ó economía, era necesario que en una y otra religion hubiese una parte muy clara y otra oscura, y esto es lo que hay. Todo convence al hombre de la existencia de su autor: los cielos se lo predicán, y la naturaleza se lo dice con elocuente voz. Así no hay nacion, por bárbara é inculta que sea, que no reconozca y adore la Divinidad; pero como el hombre por otra parte es libre y sujeto al error, muchos han

caído en absurdos vergonzosos. Se puede presumir que si Dios hubiera querido manifestarse de una manera mas palpable; si hubiera querido imprimir en sus almas una idea mas clara de su grandeza y magestad, se hubieran descaminado ménos.

Pero nosotros, que conocemos su sabiduría y su bondad, y que no podemos descubrir sus motivos secretos, solo podemos decir: que Dios tendrá buenas razones; que quizá ha querido que con esta menor luz puedan adquirir la felicidad que les prepara; porque con mayor luz, no hubiera mérito ni ejercicio de virtud. Y sobre todo, diremos: que Dios les ha dado luz suficiente, que si se han descaminado, es por su culpa, y que son inexcusables de no haber seguido la luz que tenían, pues era la bastante.

Ve aquí lo que se puede aplicar á la religion revelada, y ve aquí tambien lo que puedo responderos á vuestro argumento sobre la Resurreccion. Todo me prueba con evidencia, que Jesucristo ha resucitado de la manera que me lo refiere el Evangelio. Vos me confesais que las pruebas son claras y convincentes, y esto me basta. Despues venis á decirme, que si la Resurreccion hubiera sido pública, se hubiera persuadido mayor número de judíos, y conseguido mejor su fin: yo no veo esto tan claro; pero quando lo fuera, debo repetiros lo que ya dije para una y otra religion.

Que yo, que conozco la bondad y sabiduría de Dios, pero que no alcanzo los motivos secretos de su conducta, no dudo que tenga buenas razones para hacer lo que hizo: que quizá no ha querido darnos mas que esta luz, para que con ella logremos nuestra mayor felicidad, porque con mayor luz no tendria mérito alguno el obsequio de nuestra fe. Sobre todo diré, que el que ha visto las pruebas de la Resurreccion de Jesucristo, tiene ya luz suficiente; y que si la abandona, porque no se le da otra mayor á gusto de su antojo, es inexcusable, por no haber seguido la que ya tenia, y que era bastante.

— Vos me haceis temblar, padre, y comienzo á desconfiar de adelantar con vos un paso, porque teneis respuesta para todo: pero explicadme solamente, ¿por qué si la Resurreccion de Jesucristo es verdadera, no han hecho mencion de ella los autores profanos? ¿No es esta una grande presuncion de su falsedad? Porque, padre, si ha habido en el mundo un prodigio asombroso, un hecho único que no tiene compañero, y que es capaz de sorprender y espantar al universo, es este: un suceso de esta naturaleza si estuviera probado, no podia dejar de admirar á toda la tierra, y no era posible que le olvidase ninguno de los autores contemporáneos; no habria reino, provincia ni rincón, que no le depositase en sus archivos y le grabase en sus anales para transmi-

tirlo a la posteridad, como un hecho tan inaudito como nuevo.

Y no me digais, que este silencio puede venir de olvido, ó del desprecio con que entónces Roma y las demas grandes naciones miraban á los judíos. Yo sé que estos eran muy despreciados, y que se hacia poco caso de lo que pasaba entre ellos; pero á pesar de esta razon, si fuera cierto que en su comarca hubiera existido un suceso de esta especie, su novedad, su extrañeza, su importancia hubiera propagado la noticia por todas partes, y la hubiera llevado hasta los palacios y los tronos.

¿Podeis imaginar que si fuera cierto que ahora resucitase un muerto en la aldea más oculta de una nacion, la obscuridad de su cuna impediria que su noticia se derramase por todos los espacios de la tierra? Seria, pues, mala excusa el desprecio general de las naciones para los judíos, porque esto no bastaria para ignorar, olvidar y no escribir asunto tan extraordinario.

¿De dónde viene, pues, que tantos autores que han hablado de tantas cosas y de tan poco momento, no han dicho una palabra de esta Resurreccion asombrosa? Porque los únicos que hablaron de ella, fueron algunos pocos judíos que los cristianos llamaron apóstoles y evangelistas. ¿Y quiénes son estos? Hombres bajos, ignorantes, discípulos de Jesucristo, por consiguiente intere-

sados, que escriben en secreto, que no escriben para las demas naciones, sino para ellos mismos; pues no publicaban sus mismos libros, y léjos de comunicarlos, era un delito entre ellos mostrarlos á los gentiles.

A vista de estas indisputables circunstancias, ¿qué me dice mi razon? Que si los hombres ilustrados, que escribian los anales públicos del mundo, no escribieron este hecho, apesar de su importancia y magnitud, es porque no fué cierto; porque en caso de serlo, no puedo suponer que lo ignorasen, y que si algunos judíos lo escribieron, fué porque quisieron hacérselo creer á sus descendientes por la gloria de su Maestro, y por la que ellos mismos creian hallar en criar una religion nueva; pero que astutos y prudentes, considerando que no podian hacer creer desde luego un milagro que no existia, se contentaron con escribirlo y derramarlo al principio entre ellos mismos, esperando que el tiempo fuese poco á poco extendiendo y acreditando la impostura, para que despues, y cuando ya no hubiese quien la pudiese contradecir, se pudiera entónces manifestar con arrogancia.

Vos diréis que yo hago una novela bonita; pero yo os diré, que esta manera oculta y misteriosa con que los evangelios corrian solo entre los nuevos cristianos; esta precaucion tan cuidadosa con que los escondian á los gentiles y judíos, has-

ta castigar y mirar con horror á los que les comunicaban su lectura, me hace temer, que no iban de buena fe, y que habia alguna alevosia en sus designios. La verdad no se esconde; y si la Resurreccion era tan cierta, ¿por qué escondian tanto el libro que la referia? Yo no lo comprendo; pero aunque vos me respondeis fácilmente á todo, me parece difícil explicar el proceder cauteloso de los primeros discípulos de Jesucristo, y mucho mas el silencio absoluto y general de los autores profanos.

—Vuestra objecion, señor, parece justa, y contiene varias partes: procuraré satisfacer á cada una con separacion. Pudiera responder en general, que todas estas nuevas reflexiones son tambien negativas, y que ya hemos visto que los argumentos negativos no prueban nada por sí mismos, y ménos pueden probar contra pruebas positivas.

Pudiera hacerlos observar de paso que es una grande presuncion en favor de mi causa, y muy contraria á la vuestra, ver que despues de muchos esfuerzos no se pueda presentar contra la Resurreccion ningun hecho positivo, nada que tenga apariencia de prueba, nada que pueda destruir ninguna de las que nosotros alegamos, nada que pruebe ó que nuestros hechos son falsos ó que no convencen de lo que queremos convencer; ó de que sacamos de ellos conclusiones

falsas; y esto era necesario para combatirnos. ¿Qué fuerza nos pueden hacer los autores que no han hablado? Los que no dicen nada, nada pueden probar; y cuando produjeran alguna presuncion, las presunciones no son pruebas.

Pero voy á responderos directamente, y empezaré por deshacer las nieblas y desconfianzas con que quereis cubrir la primera publicacion del Evangelio. Vos dais á entender, que los primeros cristianos escribian sus evangelios en secreto para ellos mismos, que los escondian de los judíos no convertidos y de los gentiles, y fundais en este proceder sospechas contra su verdad; pero el hecho no es cierto, y al hacer esta objecion vos confundis las épocas.

Es verdad que hubo un tiempo en que los cristianos se hicieron un punto de conciencia de no entregar sus libros sagrados á los gentiles, y que á los débiles que los entregaban los separaban de su comunion, los miraban como traidores, y los llamaban con el afrentoso nombre de Libeláticos. En efecto la palabra de *traidores*, que se hizo despues tan comun en nuestra lengua, y que tiene hoy una significacion mas extendida, trae su origen de la de *traidores*, que quiere decir haber entregado los libros de la religion, delito grande, porque las circunstancias le hacian equivocar con la apostasia; pero esto fué muy posteriormente, y cuando la persecucion

se habia hecho mas general: ve aquí el motivo.

Entre los medios que los tiranos inventaron para exterminar el cristianismo, uno de los mas fuertes, quizá de los mas fuertes y quizá de los mas astutos, era quitar á los cristianos sus libros de religion, pareciéndoles que por este medio les quitarian la facilidad de ejercitarla, de propagarla y enseñarla á sus hijos. El emperador Juliano fué uno de los que usaron de este ardid con mas teson. Les mandaban, pues, entregar los evangelios, para quemarlos; y este acto de entregarlos parecia ya una señal de infidelidad. Muchos débiles los entregaron por temor; los constantes los defendian, y preferian el martirio á semejante cobardía. Vé aquí cuándo y por qué escondian sus libros á los gentiles.

Pero no fué así poco despues de la muerte de Jesucristo, y al principio de la publicacion del Evangelio. Entónces los cristianos que adoraban á su divino Maestro, y que sabian que todo en él era precioso, procuraban recoger todos los hechos de su vida, todas sus acciones, y hasta los menores de sus discursos y palabras, y formaban cuerpo de historia, que es lo que llamamos Evangelios. Como entónces no habia imprenta, usaban solamente de la escritura, pero se multiplicaban copias, que servian para el uso de las familias cristianas; y lo que es mas, cada uno era dueño de escribir la historia á su modo, añadien-

do ó quitando á su arbitrio, segun su talento y devocion.

De aquí resultó, que estas historias ó evangelios particulares se multiplicaron mucho: fué natural que con el trascurso del tiempo, y á medida que se alejaban los sucesos de la época en que pasaron, una devocion poco ilustrada hubiera introducido en los que escribian de nuevo hechos pocos seguros, y con solo el apoyo de tradiciones populares. La Iglesia, que en materias tan sagradas usa de la mayor circunspeccion, y que no quiere que los fieles veneren sino lo que con toda seguridad es digno de veneracion, entre tantos evangelios distinguió y abrazó cuatro, de cuyo origen y autenticidad no se podia dudar porque fueron compuestos ó por apóstoles ó por compañeros suyos, con aprobacion de los primeros, y que habian sido respetados por todos los fieles desde los primeros dias del cristianismo.

Entónces la Iglesia declaró, que solo estos debian ser la regla de nuestra creencia. Con esto los cristianos los adoptaron exclusivamente, continuándoles el respeto y veneracion que siempre les habian dado. A los otros se les dió nombre de *apócrifos*, no porque fuesen fabulosos ni por que fuese falso todo lo que contenian, sino porque podia haberse introducido entre ellos alguna cosa que no fuera tan segura; y desde que estos evangelios perdieron su autoridad, es natural

que se les abandonase, que no se sacasen nuevas copias, y que poco á poco se perdiesen.

Voltaire ha hecho mucho ruido con estos evangelios, ha tenido el improbable y estéril trabajo de desenterrar algunos, y de abultar sus libros con las copias literales, Pretende que eran mas de cincuenta, y es probable que fuesen mas de quinientos; porque entónces cada uno los escribia como sabia, y con las noticias que podia recoger. Es natural que la devocion los multiplicase, y tambien lo es que el tiempo haya destruido muchos sin dejar de ellos la menor noticia.

Pero que sean cincuenta ó mil, ¿qué induccion puede sacar Voltaire de este hecho, que inculca con tanta ostentacion? Cuando ántes que se hubiera puesto una regla, se multiplicasen las historias, ¿qué puede probar mas que la devocion y el deseo de conservar la memoria? Cuando en algunos se hubieran introducido hechos que fueran ménos auténticos, ¿en qué pudiera perjudicar esto á la autenticidad de los recibidos, que fueron los primeros y los mas venerados en todo tiempo por los fieles? En efecto no se percibe qué objeto pudo proponerse en tan inútil y fastuosa erudicion.

Pero esto, que nada prueba al intento de Voltaire, debe probar que vuestras sospechas son poco fundadas, y que los hechos que las producen, no son ciertos; pues es claro que los cristia-

nos, léjos de esconder entónces los evangelios, los multiplicaban, se servian de ellos en las familias, y los propagaban comunicándolos á las que se hacian cristianas; y que este fué el modo con que cada dia el cristianismo iba tomando la prodigiosa extension á que llegó despues.

Por otra parte, ¿cómo se puede decir, que los cristianos escondian sus evangelios, cuando los apóstoles y demas discípulos desde los primeros dias empezaron á publicarlos, y predicar la Resurreccion no solo en las plazas y calles, donde convertian judíos á millares, sino en las sinagogas mismas, y hasta en la presencia de los jueces, que los hacian comparecer? ¿Cómo podeis imaginar, que estos hombres por su gloria y la de su Maestro escribiesen en secreto un milagro, que no existia, desconfiados de que le creyesen los actuales para hacerle creíble á sus descendientes, cuando es visible que ellos mismos le aseguraban y certificaban haberle visto, no solo al pueblo que creia, sino á los jueces mismos que los amenazaban con la muerte?

Vos veis pues, señor, que estos hechos que son tan públicos como ciertos, desmienten con claridad vuestras sospechas: que si hubo un tiempo en que escondian los evangelios, porque las circunstancias lo requerian, no lo hicieron así cuando la religion empezaba, sino que al contrario los publicaban, y que llenos de ardor y de caridad

procuraban extenderlos á costa de su propia vida. Así, habiendo disipado con evidencia este nublado, pasemos á otro.

Vos extrañais que los autores profanos no hayan hecho mención de la Resurrección de Jesucristo; y de su silencio inferis que no fué cierta: me parece que la consecuencia no es legítima; lo mas que podeis inferir es que no la vieron ó no la creyeron, ó no la quisieron escribir. Pero replicais: ¿Cómo no oír ni escribir un hecho tan extraordinario, tan nuevo, tan capaz de asombrar toda la tierra? Yo pudiera responderos, que esto no debe parecer tan difícil, si se observan las circunstancias, y tambien pudiera pedirós que vos mismo lo observeis.

La Judea era un pequeño y despreciado cantón de la tierra, Jesucristo pasaba por hombre obscuro, sus discípulos eran pescadores pobres y groseros, el milagro de la Resurrección por razones que Dios ha tenido no fué público, sino como hemos visto, secreto y progresivo. Jesucristo se manifestó diversas veces, pero no fué mas que á los suyos; estos le vieron, pero no fueron creídos: muchos se convirtieron; pero otros no se quisieron convertir, sobre todo, los principales como Pilatos, Herodes, los sacerdotes, los Escribas y doctores no se convirtieron: todo esto formaba un cuerpo de presunciones para los que estaban léjos, y no podian intruirse por sí mismos.

Un hecho de esta naturaleza no puede ser creído ni sostenerse, sino cuando es verdadero: sola la verdad puede darle consistencia; porque toda mentira se disipa con el tiempo; pero tambien para que la verdad, cuando no nace apoyada con toda la luz de la evidencia, pueda sostenerse y propagarse, necesita de tiempo; él solo es el que da las ocasiones de que se manifieste, y él solo la puede consolidar, y esto es lo que ha sucedido con el cristianismo.

Pero mientras llega este efecto del tiempo, los que no han venido todavía al de la claridad, no pueden verla, y se dirigen por las ideas generales que dominan. Así, la noticia de un hombre resucitado en la Judea, que estaba solo acreditado entre un pequeño número de judíos tan desautorizados como lo era él mismo, crucificado por sentencia de sus jueces, y despreciado por los sabios y los principales, no podia entónces hacer mucha sensacion en Roma. La noticia ó no llegaría á hombres ocupados en el gobierno del mundo, en el estudio de las ciencias, de su ambicion y sus placeres, ó llegaría como ana de las muchas fábulas, en que los instruidos se rien de la simplicidad del pueblo, y en las que la imaginacion no se detiene. Así podia suceder muy bien que la Resurrección no hubiese llegado á los oídos de muchos escritores de Roma, ó á los autores ilustres de otras partes, ó que si hubiese llegado, la oyesen en su principio con desprecio.

Ved, pues, como no es extraño que muchos de ellos no hablasen de ella en sus obras; y á pesar de estas reflexiones, yo he citado ya á Suetonio, á Tácito, á Plinio, á Luciano, á Josefo, á Juliano, á Celso, todos autores profanos, gentiles ó judíos, que hablaron de Jesucristo y su Resurreccion bien ó mal, como era natural, segun sus opiniones, y segun las pocas luces que podian tener de un suceso que pasó léjos de ellos, y que no pudieron examinar por sí mismos; pero no me detengo en ésto, porque no es el modo con que pretendo responderos, y lo vais á ver.

Vos decis, señor, que si la Resurreccion fuera cierta, los escritores profanos no la hubieran olvidado, y que su silencio es un indicio de su falsedad: yo no quiero combatir este raciocinio, y me ciño á haceros una pregunta: Si yo pudiera mostraros veinte textos formales de autores gentiles ó judíos, que dijeran que la Resurreccion era cierta, ¿qué diríais?—

—Yo diria que entónces era necesario creerla, porque á la prueba positiva que vos dais del testimonio unánime de los discípulos, que aseguraron haberla visto, y que la predicaron, se añadiría el de los autores de aquel tiempo, que con el suyo mas desinteresado y mas instruido, formarian una reunion de pruebas que no sería posible resistir; confieso que por mí no sabría que decir mas, y temo que me haria cristiano á mi pesar; pero no

tengo esta inquietud, porque no me los podréis mostrar.—

—Señor, vamos despacio; puede ser que sí, y entendámonos. ¿Qué debemos entender por escritores profanos? Si entendeis gentiles ó judíos, que por no estar bien instruidos no sabian ó no creian la Resurreccion, me pedis una cosa contradictoria; porque ¿cómo pueden escribir que la Resurreccion es cierta los que no la saben ó no la creen? Digo contradictoria, porque los suponeis profanos, y no lo serian; pues con solo el hecho de creer la Resurreccion, dejarían de serlo, y pasarían á ser cristianos. Lo único que podeis razonablemente pedir es, que os muestre escritores de otras sectas y otra religion que la cristiana, que estando en el caso de poder informarse, han conocido la Resurreccion y la han escrito. Y si puedo mostraros tambien que la creyeron tanto, que dejaron por ella su antigua secta, y adoptaron el cristianismo, me parece que su testimonio será mucho mas persuasivo. Entónces estos autores eran profanos ayer, y son cristianos hoy: su dicho adquiere fuerza; y si lo escribieron en tiempo en que se escribia tan poco, no me podréis negar que he encontrado mas de lo que podíais pretender.—

—Yo no sé lo que quereis decir; lo que yo digo es, que soy bastante racional, para no extrañar que no hablasen de la Resurreccion los chi-